

con nidos de aves carniceras de viejo cuello espeluznante. Y las aves carniceras parecían también burlarse de él. Y deseó ser carroña para ser devorado por las aves carniceras. Deseó desaparecer, huir del espacio, pues todo él para sí era vergonzoso. Por fin rompió a llorar»

Pero a pesar de los pesares, Dieste siempre quiere salvar algo, su visión nunca acaba de ser del todo desesperanzada. Por eso en su isla habla de infierno, pero también de gloria y de purgatorio; espacio y tiempo de purificación. «Infierno —puntualiza con profundidad y sentimiento—, lugar donde todo se instrumentaliza. Gloria, lugar donde todo instrumento se transparenta como parte musical del fin. Purgatorio, lugar donde se queda uno indefenso, inerme, sin ninguna clase de instrumentos. La purificación consiste en llegar hasta el fin de ese proceso.»

Tampoco olvida el autor de la isla mencionar la eternidad. El protagonista, en medio de la soledad y el abandono del camino, escucha la voz del Mentor: «Convéncete, hombre. Estás, estamos, por suerte, realmente muertos. Y mira, ésta es la misma comarca celeste a que has llegado. Allá está el pazo de mármol, allá las castañedas y los pinares. No se aprende de un día para otro a vivir en la Eternidad. Son pruebas que hay que pasar»...

Pensar, reflexionar, ordenar su cabeza, es una necesidad constante en Rafael Dieste, de ahí su «Discurso a los kantianos» con el que da comienzo «Tablas de un naufragio». «¿No recordáis —pregunta a los kantianos— cuánto preocupan a Kant ciertos problemas sobre la izquierda y la derecha, o sea sobre los casos de “no identidad” de lo simétrico?»

El autor se explaya entonces al explicar cómo la naturaleza humana está orientada. «Los seres inmóviles o arraigados —dice— tienen orientación astronómica, crecen como al dictado de la gravitación y de la luz; y con sus días de nacer y morir, las flores y los frutos pintan en nuestra tierra el más entusiasta calendario. Y los seres errantes, los animales, tienen (tenemos) izquierda y derecha. Esto es indispensable para no perderse.» Y añade: «Quien se quedase de pronto sin ese “hábito nativo” no podría orientarse. Imaginad su angustia, su estupor»...

Un deseo apasionante de Dieste es que se perfeccione la manera natural de perder y encontrar de nuevo el mundo por vía reflexiva. «La posibilidad de introspección —dice— y de experiencia interna es tema de la reflexión kantiana, y llevada esa reflexión más adelante lleva también a descubrir la propia realidad después de perderla, o sea a reconocerse libre después de perderse como “experimentable”»

Con frecuencia se pregunta Dieste acerca de, ¿qué es el hombre?, y se responde unas veces con intriga, otras con ingenio o con ternura: «¿Pues qué es el hombre, sino el más disparatado de los pájaros? Gracias a eso resiste relativamente bien, sin muchos celos, la privación de alas.» Y poniendo alas a su imaginación escribe: «La única superación consistiría en nacer hombre sin pasar por niño; en no nacer de madre, sino por encarnación directa (como “aparecido”, como fantasma o ánima en pena, nostálgica del mundo); en no estar ligado y dividido por la atracción y la distancia del amor (no ser hombre ni mujer, pero tampoco andrógino, sino “monántropo”)» Algo fundamentalmente importante en Rafael Dieste es que ama mucho al ser humano, a sus semejantes; con sus grandezas, con sus miserias.

La agonía de Bergamín

José Bergamín, abogado de profesión, ensayista, poeta y autor de aforismos y destacado miembro de la generación del 27, es el segundo escritor que, con su obra *El pozo de la angustia*, aparece en la colección «Memoria rota».

Nacido en Madrid en 1895 y muerto en 1983 a los 87 años de edad, Bergamín cuenta con una larga y fecunda historia intelectual. En 1921 aparecen sus primeros escritos en «Litoral» y en la revista «Índice», dirigida por Juan Ramón Jiménez. Su auténtico despegue intelectual comienza ya a verse claro en los años de la II República, con la fundación de la revista «Cruz y Raya», que dirigió hasta su desaparición en 1936.

Finalizada la guerra civil española, Bergamín inició un largo exilio (primero México y finalmente París, donde llegó a tener una estrecha amistad con André Malraux, entonces ministro de Cultura). En 1958 regresó a España, pero de nuevo tuvo que exilarse por segunda vez, fijando entonces su residencia en la capital de Francia. En los comienzos de los años setenta inició diversas estancias en Madrid, hasta que en las elecciones de 1979 se presentó como candidato al Senado por la coalición de Izquierda Republicana. En 1982 fijó su residencia en San Sebastián, y allí colaboró en el periódico «Egin» y en la revista «Punto y Hora» hasta su muerte, en agosto de 1983.

El pozo de la angustia se publicó por primera vez en México en 1941, y cuarenta y cuatro años después ve la luz en España (hubo una edición anterior, pero su difusión fue prohibida por la censura).

Esta obra de Bergamín, no sin razón, ha sido comparada con *La agonía del cristianismo*, de Unamuno, por su alto grado de desgarramiento metafísico. En sus páginas queda claramente reflejado lo más hondo y puro del pensamiento de su autor, que pone coraje y violencia al hablar de la lucha por la justicia humana y divina. Cristianismo íntimo y marxismo revolucionario son las dos pasiones dominantes del autor de *El pozo de la angustia*. En cuanto a la esperanza de salvación individual, José Bergamín afirma que ésta se encuentra en la lucha y compromiso por la transformación del mundo. Cristianismo y marxismo fueron sus pilares.

Un aire «notarial»

A finales de 1984, Manuel Andújar decía de su novela *Cristal herido*, escrita en 1945: «Al cabo de la escalofriante cifra de cuarenta años, me importa afirmar que esta novela significa, de modo harto singular, un acto literario y al propio tiempo, a su aire, “notarial”. “Doy fe” de una juventud y de una circunstancia irrepetible, y no obstante decisivas, pues incluso el trágico final entraña una ejemplaridad. Intenta ser, por tanto, el testimonio al que la ficción se subordina, pero sin desvirtuarse en el propósito artístico»

Cristal herido, tercer título de la colección «Memoria rota», es la crónica novelada de la ilusión, desventuras y aciago final de una juventud española que quería contribuir a la instauración y defensa de la Segunda República. De esta novela escribía su prologuista, José Ramón Arana en 1945: «Esa gloria y ese color de España, de las Españas, será en él, ya para siempre, el “motivo” más entrañable y profundo. De ahí su acento áspero, convulsio-



Manuel Andújar.